

minos (1); y Dios le ha retirado su gracia, y se aparta de él para que conozca cuán amargo es abandonar á Dios (2). El alma queda abismada en la carne, y pierde la vista y el gusto de Dios: siente la necesidad de unirse á él, pero un abismo sin fondo le separa de él. ¡Oh Adan, exclama San Agustín, en el paraíso no clamabas, sino que alababas á Dios, á quien encontrabas do quiera; no gemías, sino que gozabas unido á él: ahora, separado, clama y llora (3). Pero ni el clamor, ni las lágrimas de Adan y de sus hijos son poderosas á devolverles el bien perdido. Por ello, el segundo Adan, cargado con todas las iniquidades, siente en su corazón toda la amargura de la separación de Dios, y clama con grito penetrante desde la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (4) Lejos de nosotros, dice Julio Africano, pensar que Dios desamparase á su Hijo, en quien estaba, como dice San Pablo, reconciliando al mundo consigo (5). Esa palabra es misteriosa (6): no es la queja del Hijo, es el grito del pecador (7); es, añade el Nacianceno, es el grito del género humano que, abandonado de Dios por su pecado, se salva ahora por el desamparo de Jesucristo, que bebe el amargo caliz del abandono en expiación de nuestros pecados (8). Él solo podía conocer lo que pierde

(1) Job. XXI, 14.

(2) Jerem. II, 19.

(3) ¡O Adam, in paradiso non clamabas, sed laudabas: non gemebas, sed fruebaris. (S. August. in Ps. 29.)

(4) Matt. XXVII, 46.

(5) ¿Numquid Deus dereliquit Christum, cum esset Deus in Cristo reconcilians mundum sibi? Absit. (Jul. Afric., lib. 2, interrog. 20.)

(6) Vox ista doctrina est, non querela. (S. Leo, Serm. 16 de Pass.)

(7) In veteri nostro vox nostra est; quia simul crucifixus est vetus homo noster cum illo. (Jul. Afric., loc. cit.)

(8) In seipso nostra representat: nos enim eramus derelicti, prius et contempti, nunc vero per impassibilis illius passiones assumpti et salvati. (S. Greg. Naz., Orat. 36.)

el alma de quien Dios se aparta: El solo podía sentir toda la amargura de la separación, y sintiéndola clama para librarnos de ella á nosotros (1). ¡Cuánto amor en el segundo Adan!

El hombre, separado de Dios, se vió al momento agitado por las pasiones. Se le prometió la felicidad con la ciencia del bien y del mal; pero esta felicidad huye de él cuanto más la busca. Una sed insaciable le atormenta. Un pesado yugo, dice el Espíritu Santo, oprime á los hijos de Adan, y lo forman los pensamientos de su espíritu, los temores de su corazón, la espectación de lo que sucederá, y el día de la muerte que todo lo acaba: el furor, la envidia, la inquietud, el temor, le acosan por todas partes (2). Quiere ser feliz, y nunca lo es; pide agua para apagar su sed, y no encuentra sino el agua cenagosa de las criaturas que lleva el tormento á su corazón, porque le corrompe sin satisfacerle jamás (3). A esa sed, opone Jesús la suya. Tengo sed, dice en la cruz (4), y lo dice, según San Ambrosio y San Hilario, para beber nuestras amarguras en la hiel que le dan los soldados, y con ello darnos la dulce suavidad de su gracia (5). Lo dice, porque anhela nuestra fe y nuestro amor. Lo dice, en fin, para manifestar á Dios su Padre,

(1) Quia magna pœna quæ consequitur peccata, est a Deo derelinqui, quantum ad consolationem et favores expectat, cum hanc peccatores omnes Deo deberent, Christus qui pro illis patiebatur illam sustinere voluit, ut nos in eum credentes non derelinquamur. (Salmer., lib. X, tract. 43.)

(2) Eccli. XL, 1 et seq.

(3) Jerem. II, 13.

(4) Joann. XIX, 28.

(5) Bibit Christus amaritudinem meam, ut mihi refunderet suavitatem gratiæ suæ. (S. Ambros. in Ps. 98.) Potavit ad se in communionem immortalitatis, ea quæ in nobis erant vitiata transfundens. (S. Hilar. in Matth.)

que en su persona, todo el género humano tiene sed de la felicidad eterna.

Las pasiones, agitando el corazón, y arrastrando al hombre á la satisfacción de sus apetitos, consuman la degradación del género humano, haciendo de Adán y sus hijos unos esclavos del pecado (1) y del demonio, y sujetándolos á la condenación eterna, por un terrible decreto de la justicia de Dios. El segundo Adán, para remediar desgracia tan espantosa, hace llegar al colmo sus tormentos con la amarga bebida que le ofrecen los soldados para apagar su sed, y exclama: *Consummatum est* (2). He consumado mi grande obra; he cumplido mi sublime misión; Dios Padre me ha enviado á redimir á los que estaban bajo del yugo, para que reciban la adopción de hijos de Dios. Consumando mi sacrificio, oh hombres, os engendro para Dios. Podéis llamaros ya, y sois en realidad hijos de Dios. Oh amor de Dios Padre, dice San Juan (3). Oh amor de Dios Hijo, añade San Pablo (4). Oh amor, concluye la Santa Iglesia; para redimir, Señor, al esclavo, entregaste á tu Hijo (5).

A ello se refiere también otra palabra de Jesucristo: Mujer, ahí tienes á tu hijo. Discípulo, ahí tienes á tu Madre (6). Apenas oye Adán la sentencia de muerte y de destierro del paraíso, se vuelve á su mujer y le da el nombre de Eva, que significa vida, madre de la vida (7). ¡Qué cosa mas contradictoria y fuera de razón, exclama

(1) Joann. VIII, 34.

(2) Id. XIX, 30.

(3) Rom. VIII, 32.

(4) Gal. II, 20.

(5) Ut servum redimeres, filium tradidisti. (*In Sabb. Sanct.*)

(6) Joann. XIX, 26, 27.

(7) Gen. III, 20.

el Abad Ruperto, llamar vida á la que no la tiene para sí, ni para sus hijos! Mas bien debiera llamarla muerte (1). Pero hay aquí, sin duda, un misterio, añade el mismo con San Epifanio. Adán le da este nombre, después de oír que de la mujer nacerá el que quebrante la cabeza de la serpiente, que le hizo merecer la muerte (2). A la mujer, hija de Eva, que le devolverá la vida por medio de su hijo, se dirige, pues, Adán, llamándola vida y madre de los vivientes. Es una profecía (3). ¿Cómo se cumple? Jesucristo, Señores, engendrándonos en la Cruz, nos da á Dios por Padre; pero para la armonía perfecta de su obra, el nuevo Adán, que nos da la vida, quiere, dice San Amadeo con San Bernardo y otros Padres, que la recibamos por una nueva Eva (4); quiere que la familia de los hijos de Dios tenga una madre, y esta ha de ser la que comparte con él las amarguras de la expiación, como Eva compartió con Adán el deleite del pecado. Es María, y viéndola al pié de la Cruz, nos la da por madre verdadera. Tenemos ya padre, tenemos ya madre: ya no somos esclavos, sino hi-

(1) ¿Quid enim tam insanius, quam in illo talis causæ iudicio, illam nuncupare Evam, id est, vitam, quæ nec saltem habebat vitam? ¿Dicere matrem cunctorum viventium illam, quæ potius est mater cunctorum morientium? (Rupert. Ab., *in Gen.*, cap. 46.)

(2) Nunc autem in eo mirabile est, quod ubi mortis corporeæ sententia ferebatur, jam spirituali morte mortuus, illic uxorem suam Evam, id est, vitam appellavit. (Id. id.)

(3) Illa Eva mater viventium vocata est, postquam audivit: terra es, et in terram reverteris; et mirum est quod post transgressionem hoc magnum cognomen habuit.... Beata Maria Dei Mater per Evam significabatur, quæ per ænigma accepit ut mater viventium vocaretur. (S. Epiph., *Hæres.* 78.)

(4) Sicut in Eva omnes morientur, ita in Maria omnes vivificabuntur. (S. Amed., *Hom.* 1 *in Assumpt. B. M.*) Deus nos totum habere voluit per Mariam. (S. Bern., *Serm. de Nativ. B. M.*) Nova Eva mater vitæ. (S. Athan., *Orat. de Deip.*)

jos. El decreto que nos condenaba debe desaparecer, y en este momento desaparece, dice San Pablo, borrado con la sangre de Jesucristo (1). Ya no debe haber muralla al rededor del paraiso, ni espada de fuego que impida la entrada; porque Jesus permitirá que un soldado abra su costado con la lanza, para que por ella, figura de la espada espiritual, que penetra el corazon, se destruya aquel obstáculo (2).

Adan, con sus hijos, es ya hijo de Dios, y hé aquí que el primogénito de los hermanos, Jesucristo, dando un gran grito, dice: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (3). Cuando nos representaba pecadores, le llamaba Dios: ahora, que nos representa justificados, le llama Padre. Este grito, dice San Gerónimo, es el grito de la victoria, el cántico del triunfo, con que prueba á la vez que muere porque quiere, y que muere vencedor (4). En tus manos encomiendo mi espíritu. ¿Qué significa esto? pregunta San Atanasio (5). Escuchad. San Pablo nos dice, que somos justificados en la sangre de nuestro Señor Jesucristo (6): con ello somos sus miem-

(1) Coloss. II, 14.

(2) ¿Cur autem lanceæ latus occurrit? Nempe in figura militis cuncta quæ adversus Adamum erant, dissolvi oportuit. Cum enim Deus flamineum gladium adhibuisset, quo Adamus paradisi ingressu prohibebatur.... In dispensatione per figuram militis gladio latus objecit, ut per sensibilem lanceam spiritualis gladius in latus impingens minas deinceps cohíbeat, nec jam amplius reliquis paradisi aditum recludat. (Antioch. Ptolemaid., in *Cat. aurea.*)

(3) Luc. XXIII, 46.

(4) Qui morti dominatur et præcipit, potestative expirat. (S. Hieron. in *Matth.*)

(5) Commendat universos mortales in se vivificandos: nam sumus membra ejus, secundum illud apostoli: omnes unum sumus in Christo Jesu. (S. Athan., de *Orat. Christi.*)

(6) Rom. V, 9.

bros, somos su cuerpo, que vive de su espíritu (1). Entregando, pues, su espíritu al Padre, nos entrega á todos nosotros, le presenta al género humano, que ha adquirido para Dios, arrancándolo del poder del demonio, y nos deposita en sus manos, para que nos guarde como suyos (2). Entregándonos al Padre con estas palabras, dice Teofilacto, declara que hemos adquirido la libertad, y que ningun derecho tiene ya el demonio sobre nosotros (3). Con estas palabras, y con su muerte, que sigue inmediatamente á ellas, nos da, dice San Pablo, espíritu de adopción de hijos, para que llamemos á Dios padre (4), y siendo sus hijos, seamos herederos de Dios, coherederos de Cristo (5).

Ved aquí el término. Adan, con su orgullo y con su desobediencia, queriendo ser como Dios, nos hizo esclavos del demonio. Jesucristo, con su obediencia, su humillación y sus tormentos, nos hace hijos de Dios, participantes de su divina naturaleza, poseedores de la gloria de Dios.

Concluyo, Señores, porque sin duda he fatigado con exceso vuestra atención, y concluyo con dos sencillas reflexiones. Al descubrir las misteriosas relaciones entre el paraiso y el Calvario, entre Adan y Jesucristo; al admirar la sabiduría de Dios en el misterio de la pasión, para la restauración de todas las cosas (6); al contemplar

(1) I Cor. XII, 27.

(2) Hoc Verbum debet nos in spem magnam erigere, nam propterea Deus debet spiritum nostrum sibi commendatum servare ac custodire quasi rem carissimam a Filio suo emptam. (Salmer., *lib. X, tract. 46.*)

(3) Ante mortem Christi, magnum jus fuit diabolo in animas. A quo tempore paternis manibus commendavit spiritum, libertatem assecuti sumus ab inferno. (Theophilact. *Ep. in Luc.*)

(4) Rom. VIII, 15.

(5) Id. id., 17.

(6) I Cor. II, 17.

á Jesucristo derramando su sangre y muriendo en la Cruz para redimirnos de la esclavitud del pecado y hacernos hijos de Dios, recordad siempre las palabras de San Juan: De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito (1). Recordad las de San Pablo: Me amó y se entregó por mí (2); y grabándolas en el corazón, decid con el discípulo: Amemos, pues, á Dios, que nos ha amado antes á nosotros (3); y con San Pablo: La caridad de Cristo nos apremia (4). Amémosle, y si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema (5). Este es el primer fruto que debemos sacar del estudio de la pasión. El segundo hélo aquí.

El hombre ha de seguir necesariamente uno de los dos caminos: ó el del Adán terreno, ó el del celestial. El primero le hace terreno (6): es camino de orgullo, de ambiciosa grandeza y de sensualidad; camino ancho y en la apariencia recto, pero que, como dice el Espíritu Santo, termina en la muerte (7), porque conduce á la desnudez, á la corrupción, á la esclavitud de las pasiones, al destierro del paraíso, al infierno. El segundo nos hace celestiales (8): camino opuesto al primero, de humillación, de penitencia, de sacrificio; parece estrecho (9), pero conduce á la vida, porque atrae la gracia, da la libertad y el noble título de hijos de Dios: termina en el cielo.

- 
- (1) Joann. III, 16.
  - (2) Gal. II, 20.
  - (3) I Joann. IV, 19.
  - (4) II Cor. V, 14.
  - (5) I Cor. XVI, 22.
  - (6) Id. id. XV, 47.
  - (7) Prov. XIV, 12.—Matth. VII, 13.
  - (8) I Cor. XV, 47.
  - (9) Matth. VII, 14.

¿Por cuál nos decidimos? Los que en el bautismo cambiamos el título de hijos de Adán por el de hijos de Dios, no podemos seguir el primero sin renunciar á este dictado, y á los derechos que nos confiere. Sigamos, pues, el camino de Jesucristo. A su entrada se nos pide como á él un sacrificio: el sacrificio del orgullo y la sensualidad, la aceptación de la humillación y de la Cruz; se nos pide que nos desnudemos del viejo Adán y de sus obras, y nos vistamos del nuevo y de sus caracteres (1). Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, oid su palabra: Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (2). El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, renunciando las obras de la carne y vistiéndose de mí (3); tome su cruz, abrazando el sacrificio, base y esencia de la vida cristiana, y sígame (4). ¿A dónde? En la tierra al Calvario; después al cielo, al paraíso de las delicias eternas.

- 
- (1) Ephes. IV, 24.—Colos. III, 10.
  - (2) Joann. XIII, 15.
  - (3) Rom. XIII, 14.
  - (4) Matth. XVI, 24.